

Rompió la música en acordes de la *Marcha Real*; diéronse los correspondientes vivas al jefe del Estado y, á seguida de un *lunch*, dispuesto en los comedorcitos destinados á los hambrientos de ahora, hizo camino la comitiva á la estación. En ella aguardaba un tren especial adornado con escudos y banderitas.

Los pobres, los desposeídos, las víctimas de la catástrofe que ni aun los discursos disfrutaron—estaban los oradores lejos,—siguieron á escape, en carrera, el rodar de los coches donde aquéllos se alejaban entre nubes de polvo y tintinés de cascabeles.

Aún llegaron á tiempo de presenciar el arranque del tren; aún vieron los saludos y los apretones de manos; aún escucharon el pasodoble de la música; aún recibieron la bendición de Su Ilustrísima. Aún recogieron sus oídos el triunfal silbeo de la máquina que patinaba hacia Madrid y el crujir de las fustas con que azuzaban á sus jacas, los del pueblo rico, el de arriba, el de las casas grandes y las azoteas morunas y los jardines rebosantes en flores y los depósitos abarrotados de productos y las cajas repletas de caudales.

En el ocaso resplandecía sobre el barrio de la Limosna la casita de obreros. Los rayos últimos del sol reflejaban en ella como las llamas de una hoguera, lamiendo sus muros, retorciéndose en sus aristas, despidiendo chispas en el barniz de su techumbre. Las llamas rastreaban por los escalones de piedra, se adueñaban de las tribunas, corrían por el puentecillo y ascendían al arco, trocando en bermejós sus verdes, borrando con dedazos de lumbre la inscripción dedicada á la Caridad.

VI

Rehecha malamente su casa, Manuel abandonó el castillo acompañado de María. El hijo no les acompañaba.

El calor de la madre no pudo devolver al infante la vitalidad que lluvia y frío le robaron. Enterrado quedó junto á la torre octógona, bajo la protección del milano que extendía sobre la tumba sus alas de granito.

Fué muy triste el regreso de la pareja. Hasta el portón les acompañaron la marquesa y Fernando. Este llegó con ellos al límite de las derruidas murallas. En él se dieron los hombres un apretón de manos.

—¡Adiós!—sollozó la mujer, volviendo sus ojos á la sepultura del niño. Y siguió monte abajo, apoyada en el hombro de su varón.

Días crueles pasaron aquellos padres huérfanos, frente á la cuna que sus cuidados previnieron. Allí estaba la cuna, en ella la almohada, respunteada por la madre, la sábana de jaretón, doblándose sobre la colcha, remetiéndose por el colchonete de suavísima lana. Al menor tropiezo se balanceaba el lecho in-

fantil sobre sus curvas de madera, sacudiendo el aire, con su dulce compás. En el aire sólo se mecía un recuerdo.

Evocándolo lloraban el hombre y la mujer, trabando sus manos, siguiendo con ojos doloridos los vaivenes de la cunita.

Por un sarcasmo de la casualidad, por una ironía de la suerte, fué el solo mueble que dejó intacto la catástrofe. Al caer los muros, formaron bóveda sobre ella, y bajo la bóveda quedó, remetida, empujada, como dentro de un nicho. Por estar encima de la cuna, libróse también el canasto de mimbrés donde guardaba María los vestiditos del chicuelo. Con dedos temblones acariciaba hoy aquellas prendas confeccionadas en horas de felicidad y esperanza. Esta era la primer camisa que había de ceñir su cuerpo; esotra la gorrita que moldearía su cabeza; el de encima, el faldón bordado, para los días grandes; el de abajo, un pañal que la madre rollaría muy flojo para que las piernecillas del mamón zarandearan libres.

Y nada ya. El sueño acariciado durante nueve meses, desvaneciéndose en unas horas. El dolor alegre del parto, trocándose en dolor de entierro.

La madre, moldeando en la atmósfera el cuerpecito que pudría bajo la tierra, conversaba con un fantasma. Pronto se cerraba su boca; sus dedos apretujaban las envolturas y alzábanlas al nivel del rostro. Repretadas contra él, ahogaban sollozos y se iban empapando de lágrimas. Acudía Manuel en consuelo de su compañera, y, antes que la frase consoladora, brotaban por su boca el suspiro y el llanto por sus ojos.

La inactividad hacía más honda, más permanente aquella tristeza. El trabajo faltaba. La catástrofe ofició en leñador. No precisaba cortar árboles; por cientos yacían, tumbados, rotos, sobre las planicies serranas. El carboneo era también impracticable. El agua, esponjando los troncos, imposibilitaba por igual corta y quema.

En las cumbres, como en el llano, triunfaba la miseria. Los carboneros, luego de rehacer sus ranchos, vagaban ociosos, mordiéndose los puños, pateando la roca, caídas las caras contra el pecho. Sus mujeres, sentadas al frente de los chozos, remendaban harapos, hacían media ó daban á los husos martirio. Sus hijas bajaban al pueblo en busca de los comestibles que aún podían pagar los ahorros. Estos se concluirían antes y con antes. Eran muy exiguos, y el precio de los artículos de primera necesidad creció con la escasez. Los pastores, aliados de los carboneros, prontos á ayudarles en sus malas andanzas, tampoco les servían de cosa mayor al presente. Sus ganados estaban en los huesos; las hembras apenas daban leche para sus crías; los machos perdían, con el hambre, el instinto fecundador. Sólo prosperaban los lobos. Bajaban en rebaños á apoderarse de las reses que los mastines casi podían defender, no obstante la firmeza de sus colmillos y lo duro de sus carlancas. Tan grande era el número de adversarios que sobre ellos caía.

—Menos mal, si siguen bajando esos ladrones-gruñía Andresón, acariciando su escopeta.—Cuando acabe el pan, comeremos carne de lobo. Algo durilla es. Sobre tó pa ti—agregaba, acariciando á su

hija Irene.—¡Qué remedio! Habrás de acostumbrarte, hasta que los tiempos mejoren.

Hablaba riendo, como en broma; pero había en su risa temor y en su mirada angustia; el temor y la angustia de que, agotados los recursos, el hambre llegara y su hija, el cacho de su corazón, tuviera que repretarse el estómago con las uñas ó morder en carne correosa de lobo.

La caza, que constituía para tales escopeteros un recurso eficaz, había huido de la sierra; en parte alguna se hallaban ciervos y jabalíes; los conejos, de puro flacos, no valían el tiro; las perdices se volaron á otras cañadas; las torcaces fueron en busca de árboles frondosos donde labrar sus nidos.

Al igual que de los restantes hogares, iba apoderándose la miseria del hogar de Manuel. También sus ahorros eran pocos y finirían presto.

Muchas veces, cuando, escopeta al brazo, recorría las breñas en acecho de presas, topábase con Andrésón. Arrimaban á una peña sus armas y sentándose en otra hablaban largo de sus ahogos y de los de sus compañeros.

Sin faena, sin caza y sin reservas para sufrir el forzoso paro, la miseria vendría sobre los carboneros que en aquellas estribaciones componían comunidad. Confiar en los propios recursos era confianza irrisoria; pensar que les ayudaran los amos, disparate mayúsculo.

—¡Los amos! A regañadientes, de por fuerza transigían con ellos. No gustaban de trabajadores independientes que pudieran contratar libremente el trabajo. Transigían por la condición del oficio que pre-

cisaba obreros especiales; pero no había que hacerse ilusiones. "Allá como pueda se las componga ese ható de salvajes,"—pensarían los amos.—En punto á faenas más probable sería que las redujeran y acortaran.

Valía más ponerse en lo malo y ver la manera de salir todos del atranco. Deber era de Andrésón pensar en el conflicto. Por algo pusieron tantos hombres su confianza en él; deber de Manuel ofrecerle consejo; por algo era el más sabio, el más despierto de la tribu.

¿Qué hacer, si el conflicto surgía? ¿Cruzarse de brazos? ¿Aguantar la miseria é ir cayendo uno después de otro á los cuchillazos del hambre? ¿Dispersarse, cada cual por su lado, en cobarde egoísmo, violando la solidaridad, la fraternidad, el mutuo apoyo que se habían jurado? ¿Emigrar? ¿Buscar en otras sierras lo que en ésta faltaba?

En las otras sierras vivían tribus carboneras, parejas de las suya; hombres que de generación en generación habían cortado los árboles, y formado los naturales hornos. Estaban aquellas sierras y el trabajo de ellas ocupados y realizados por gentes que tenían mayor derecho á usufructuarlos. Si los carboneros de Mérida se les acercaban en solicitud de compartir amistosamente la tarea, les contestarían lo que ellos en igual caso contestaron: "Sobre los precisos estamos. Los de acá, más bien ó más mal, nos valemós. Aumentando el número reventaremos todos, sin provecho de nadie. Idos á otros lugares, son muy altas las cordilleras y la tierra muy ancha."

¡Muy ancha! Bastaba, sin embargo, que un cacho de la sierra padeciese muerte accidental para que sus trabajadores no pudieran vivir.

Por concesión pacífica de sus compañeros serranos no hallarían acomodo y labor. ¿Iban á volverse contra ellos? ¿A expulsarlos violentamente, hacha en mano, escopeta en punto de los riscos donde se ganaban el pan? Dejando aparte las consecuencias de la lucha y la represión gubernativa, aquello era injusto. ¿Podían acaudillar una injusticia? ¿Podían cometer la imbecilidad de ir á una lucha contra hermanos? ¡Buen modo de aumentar los ejércitos proletarios es echar á unos obreros encima de los otros para que se dentelleen y destruyan!...

¡Y pensar que mientras los obreros de la montaña aguardaban su ruina, mientras la sufrían los del valle, en el pueblo rico, en los pueblecillos á él inmediatos, otros hombres holgaban, á cubierto de privaciones, por mérito de los caudales que los trabajadores habían ido depositando en sus manos ociosas!... ¡Y pensar que estos hombres volvían la espalda á los infelices hambrientos, por cuyo esfuerzo vivían ellos hartos! ¿No era contra ellos contra quienes debía irse—ahora hablaba Manuel—á pedirles cuenta de su egoísmo, á presentarles batalla en nombre de la humanidad escarnecida y pisoteada por ellos?...

—Acaso—respondíale Andresón.—Sólo que para esto hay que ser los más fuertes. No lo somos aún. Vencedores de una hora, seríamos después los vencidos. Acuérdate de la otra vez.

—Me acuerdo, me acuerdo. Pero también pienso que, condenados á morir de una ú otra manera, vale

más hacerlo en varones, peleando por nuestro derecho, que en esclavos, arrodillándonos ante el que nos azota.

Cuando el diálogo llegaba á estos extremos, hacíase entre ambos amigos el silencio, una pausa negra preñada de zozobras. Por el cerebro de Andresón pasaba la imagen de su hija obligada á comer la carne correosa del lobo. Sus dos manos subían en puño á lo infinito; después bajaban temblorosas hacia la escopeta, cuyos aceros reflejaban la luz del sol. Manuel pensaba en su criaturilla muerta, en su hogar cuarteado, en la hembra dolorida que sollozaba frente á la cuna solitaria. Una lágrima temblaba en sus párpados y su frente se fruncía en frunces sombríos prologadores de sollozos.

Pero al término del sollozo, Manuel se erguía enérgico, desafiador, arrogante, poniendo su espíritu en dirección del porvenir. Andresón, antes de empuñar su escopeta, dejaba caer la mano y hundía la cabeza en el pecho. La imagen de su hija desamparada, sola en el mundo si el padre pagaba su rebelión con el presidio ó con la muerte, volvíanle cobarde, incapaz de ningun arresto.

González Hernando, en sus excursiones por la montaña, visitaba la casa de Manuel y María. Ante el médico confesábanse aquellos dos espíritus atormentados. El les infundía valor, él metía por entre el cristal de sus lágrimas rayos de esperanza.

—¡La cuna vacía!... Triste espectáculo, verdad; pero, elevando un poco el alma, podían ver en ella un nido en pie, aguardando las crías nuevas, que el amor de los padres depositarían sobre los mullidos

plumones. No valía protestar contra la madre naturaleza porque una de sus revoluciones, uno de sus progresos, destruyera vidas, arrebatara ángeles al pecho maternal. Ella seguía su camino hacia una perfección mayor. No se la debía maldecir porque en su avance derribara algo que, si era mucho para la dicha de un grupo de individuos, era átomo insignificante para la obra total. Luego, aquel niño muerto no ponía término á la ventura de los padres. Era un paréntesis doloroso; tras él vendrían nuevas horas de amor, nuevos hijos que alegrarían la cuna desierta con sus risas, con las miradas de sus ojillos inocentes, con los balbuceos de sus tempranas bocas. ¡Animo, pues! ¡A quererse! ¡á seguir viviendo! ¡á colaborar, entre nobles caricias, al advenimiento de generaciones por cuya obra fuese la humanidad más buena, más feliz y más justa!

¡El porvenir!... Ni un solo minuto del presente era perdido en su provecho. Tal vez los mismos explotadores lo aceleraban con su incompasión espolcando el ansia de independizarse en los trabajadores. Acaso una explotación más astuta, más hábil, retardara en centenares de años el advenimiento de las sociedades modelo.

González Hernando dibujaba como presentes estas sociedades futuras, haciendo estremecerse á Manuel de esperanza, á María de admiración.

En ellas no trabajarían bestialmente los hombres para ganarse un mendrugo de pan, encadenados al terruño que fecundaban, al árbol que partían, á la leña que transformaban en carbón. Ya no recojerían en talleres y fábricas ambientes de anemia, miserias

fisiológicas que, unidas á miserias intelectuales y morales, les alejaban, les restaban de la humanidad. Ya no bajarían en asalariados al fondo de las minas á extraer con sus picos el mineral, á arrancarlo de agujeros lóbregos, á faenar arrastrándose como reptiles, con la muerte sobre los cráneos; ya no irían los hombres del mar desafiando los vendavales en ajeno provecho. Todo aquel bárbaro trajín, toda aquella inquisición de seres no prosperaría á beneficio de unos cuantos privilegiados, que labraban su felicidad con el martirio de sus prójimos.

En el porvenir no ocurriría así. La ignorancia, la desigualdad y la servidumbre desaparecerían entre los humanos. La tierra y sus productos sería propiedad á todos común, y todos vendrían obligados á hacerla producir; de la comunidad las herramientas y útiles de trabajo; éste, pasando de explotación inícuca, de carga odiosa, á labor de horas breves, que cada uno desempeñaría conforme á sus gustos y á sus necesidades. El esfuerzo corporal que hoy aniquila á los obreros, porque han de producir para muchos ociosos y para el sostenimiento de instituciones inútiles ó perjudiciales, trocado en entretenimiento. Nada de comprar y vender. Lo de uno para todos; lo de todos para uno; y, terminada la corporal faena, la colectiva obligación, los hombres libres para instruirse, para dignificarse, para elevar su espíritu y esparcirlo en santa comunión de sentimientos y de ideas.

¡Ah, la ciudad nueva, la ciudad universo! ¡Porque ya no habría naciones, como no habría castas! El hombre y la mujer iguales, compañeros libres en

hogares libres también, sin supeditación del uno al otro, sin más lazos que los tejidos por su amor, sin otros deberes que los impuestos por su propia conciencia. Los hijos, educándose en comunidad, siendo hijos de todos espiritualmente, para seguir siendo hermanos en la vida... La ciudad de Dios, el falso Paraíso de las religiones positivas, convirtiéndose en un paraíso verdad, en un edén terrestre, por cuyas sendas marcharían las humanidades en paz y amor, en justicia y en libertad, á destinos supremos.

¡Qué sublime espectáculo el de aquella humanidad redimida, abrazándose fraternalmente bajo el sol de un extremo al otro del mundo!

Para que ello adviniese precisaba no desmayar, no perder nunca la esperanza, no acobardarse; sacrificarse los unos por los otros y luchar, luchar siempre, sin descanso, sin tregua, con la voluntad puesta en la futura redención, en la redención de las generaciones aún no concebidas por vientre de mujer.

—Sí, luchar—exclamaba Manuel en éxtasis, repitiendo las frases del doctor González-Hernando—luchar por el futuro humano. ¡Y luchar por todos los medios! ¡Ay—seguía—de los que perpetúan la ignorancia y la servidumbre, de los que hacen con la ajena miseria escabel y pedestal de sus egoísmos! Con ellos no hay que tener piedad. Ellos provocan á la lucha, ellos miran sin lástima el desamparo de nuestros hogares, la prostitución de nuestras hembras, el raquitismo de nuestras criaturas, el crujir de nuestros músculos, el calambre de nuestros estómagos. ¡Está bien! ¡Está bien!... No es la llama culpable de abrasar lo que halla ante su paso... Culpables son los

que la encienden. En la sociedad, como en la naturaleza, son precisos los terremotos. No me quejaré de que una convulsión geológica haya destrozado mi hogar y asesinado á mi hijo. ¿Qué importan ellos al progreso de la naturaleza? ¡Lo que deben importar otros seres al progreso de la humanidad! A veces las hecatombes son justicias.

—No diré yo que no—murmuraba el doctor.—Ningún parto viene sin dolor y sin sangre. Con el grito y el desgarramiento postrero surge la criatura. Entonces concluye el dolor, la sangre se evapora y un nuevo hombre sonríe á la luz.

María escuchaba estas pláticas silenciosa, abogando en su interior porque el futuro se hiciera antes y con antes presente para que sus hijos, los que vendrían pronto, no sufrieran de hombres lo que sufrían los trabajadores del hoy, para que fueran ciudadanos de la gran ciudad Universo descrita y anunciada por el médico con entusiasmos y videncias de apóstol.

Aquellas pláticas, aquel porvenir, entrevisto en ellas confortaba á los compañeros. Con ellas sobre el corazón, pensando tal vez en las generaciones no engendradas que realizarían ese porvenir, cayeron una noche uno en los brazos del otro, junto á la cama vacía, que se balanceaba suavemente, mimosamente en espera del hijo vivo que sobre sus almohadas debía substituir al muerto.

VII

El fallecimiento repentino de la madre del Conde, interrumpió la excursión veraniega de Julia. Hubo de ir á Asturias donde Alberto se reunió con ella. Cumplidos los trámites fúnebres, volvieron, Alberto á su embajada, Julia, á guardar el luto en el domicilio de sus padres.

Llegada á Merina se aisló casi por completo en su casa. Sólo una vez por semana recibía á sus visitantes. El resto de su tiempo dedicábalo á paseos solitarios ó á excursiones automovilesacas.

A veces se prolongaban éstas cuatro ó cinco días.

Vale decir que don Anselmo poseía una hermosa finca inmediata á la capital. En esta finca hacía sus altos la condesa. Vale también decir que la capital era puerto de mar. En el puerto, al frente de cuatro embarcaciones, llamadas pomposamente escuadra, almiranteaba el amante de Julia.

En la finca se reunían guardando todo género de precauciones y reservas. Julia viajaba sin más compañía que su doncella. El chauffer era la propia discreción con jerssey, guantes y media bota. La finca

tenía un postigo y la llave del postigo en manos de la doncella andaba. La doncella, una londinense de ojos azules y de pelo rubio mazorca, sólo hablaba en inglés, y eso á monosilabos. Saberse, nada se sabía á punto fijo. ¿Sospechar? ¿De quién no sospechan? ¿Preocuparse y ofenderse? ¿Quién lo podía hacer? ¿El marido? Cumpliendo con el pacto conyugal acordado entre ambos á seguida del matrimonio evitaba averiguaciones. ¿Los padres de Julia? A honor grande tuvieran que la hacienda suya sirviese de apeadero á un príncipe. ¿Los hermanos de Julia?

Lucas sólo ponía ojos en sus arcas, donde apilaba billetes y onzas de oro. Aquel oro y aquellos billetes eran su pasión y su culto; en ellos hundía sus manos revolviéndolos, poseyéndolos uno á uno con largas y armoniosas caricias; faltas de ellas, quedaban la mujer y las hijas. Únicamente le preocupaba la cuñada, y eso por la media herencia paterna que se llevaría al casarse. ¡Ah, si la cuñada quisiese! Hombre no había de faltarle, y todo quedaría en casa. ¡Tonta, más que tonta! Peor para ella; iría con palma al cementerio! Lo importante era lo otro, el dinero; y lo otro estaba á buen recaudo. Ya lo arregló bien, enmarañando el caudal de su víctima en una red de fortísimas mallas. Todos los jueces y escribanos y procuradores del orbe no podrían desenredarla juntos.

No hace falta añadir que á Juanito le tenían perfectamente sin cuidado las andanzas de su señora hermana y las de su familia entera. Vivía en juerga permanente. Teniendo barro á mano y gachís al alcance, podía juntarse el cielo con la tierra; siempre

quedaría un huequecito para recuestar buenas mozas y apurar "chatos" de Jerez.

Respecto de los suyos, sólo tenía Julia una intranquilidad: la de que á alguno de ellos se le metiera en el caletre irse camino de Madrid, y ponerla en ridículo ante los aristócratas que formaban su corte. Afortunadamente no pensaban en ello. Lucas, por su codicia; Juanito, por su "golfeo"; doña Teresa, por que sus años, su gordura y su perspicacia, ponían un veto á la intención.

A don Anselmo, primero le arrancaban el entresijo que arrancarle de su feudo rural. En la corte, con todos sus millones, sería uno de los primeros; el primero, nunca. En su feudo era rey. Iría á la Corte como lo hizo antes de entroncar con el aristócrata, á entenderse con el Ministro, á cobrar los intereses del acta, al negocio. Cuando fuera, no habitaría en el hotel; con sus amigotes, andaría libre de zarandajas. Quiso el yerno conde, por demostrar que su oro valía para todo, hasta para comprar al peso rancias ejecutorias, por vanidad, por lujo, por coquetería, por ofrecerse él, siervo antiguo, rufián injerto en aldeano, el desquite de hacer un noble parásito de su cartera, y apuntalarle su corona con fajos de billetes.

Su dicha estaba en el terruño, en aquel terruño, de que había ido apoderándose diestramente.

Echar piernas á su caballejo serrano y recorrer sus posesiones, ¡qué delicia mayor!

A este lado, las inconcluíbles praderas, donde pasaban sus yeguas de pura sangre, sus toros de lustrosa piel, sus corderos de blanco y rizado vellón; al

antigua, sobre las facciones, el lineaje, el orgullo dentro del corazón. Criatura, decrepita en pleno mocerío, sin voluntad propia, sin energías personales, se rendía á Julia en esclavo y en mendigador de aquella carne vigorosa.

En ella encontraba la vida de que carecía él, el calor y la fuerza de que estaban faltos sus pobres nervios rotos, su débil sangre repodrida por los vicios, por los desgastes, por las degeneraciones de una raza vieja en la que él era epílogo.

Julia sólo á ella amaba, sólo en el disfrute de ella misma encontraba placer. Su culto único consistía en la adoración de sí propia.

Cuando el príncipe, rendido, estenuado, con paso vacilante de ebrio, abandonaba el gabinete de la finca, Julia quedaba inmóvil, puestos sus oídos en el coche que se alejaba á los ciento por hora. Al desvanecerse el ¡taf! ¡taf!, al dominar el silencio en la noche, Julia entraba en su tocador. Una vez en él se metía en el baño, restregando su cuerpo con jabones de exquisito perfume, con esencias de suave aroma, para alejar de su carne el olor del macho, para quitar las máculas que dejara entre su piel el roce con la piel del varón.

Salía del baño, y, en plena desnudez, se dirigía hacia la biselada luna que enfrentaba su lecho. Allí, en aquella alcoba alumbrada por una lámpara de bohemio cristal, puesta en pie, frente al espejo, se erguía con todo el gallardo poderío de su belleza, recorriendo con pupilas semi entornadas el dibujo entero de su imagen; la cabeza juniana envuelta en las crenchas rubias del pelo; el cuello redondo, de

suave y limpio modelaje; los hombros carnosos, sin gordura; los altos senos, donde temblaban como capullos en su broche los botoncillos color rosa; las caderas potentes; el vientre de clásica tersura; el contorno irreprochable de sus piernas y de sus pies. Una sonrisa de orgullo, un último paseo de ojos por la carne ambarina, precedían á un cruzamiento de los brazos por detrás de la nuca. En los brazos recostaba Julia su cabeza como en un almohadón de amor; sus labios apuntaban el beso; sus muslos se repretaban fuertemente; sus pupilas se ensanchaban en éxtasis. Así quedaba por un largo espacio de tiempo, saboreándose, gozándose, hasta que un espasmo voluptuoso erizaba su piel. Entonces, con los párpados entornados, dejando ver solamente el blanco de los ojos, retrocedía doblada en arco de lascivia y se desplomaba contra el lecho de marfiles y nácares. La lámpara bohemia cubría el cuerpo praxitelico con su caricia azul.